

PIRINEÍSMO
DE GAVARNIE A LUCHON
(UNA EXCURSION POR LOS PIRINEOS CENTRALES)

EL presente relato constituye el diario de una excursión realizada por el autor, en la primera decena de Agosto, en compañía de su buen amigo Jacinto Bofill, del Centre Excursionista de Catalunya. A excepción de una muy corta etapa y como se verá, sin importancia, toda la excursión fué realizada sin guía, valiéndonos únicamente de las indicaciones muy exactas de la obra «Les Pyrénées» de P. Soubiron, de los mapas franceses del Ministerio del Interior, de la Carta Schrader del Macizo de Gavarnie de la brújula y del altímetro.

* * *

2 Agosto. — *De Gavarnie al Lago Helado.* — Salimos de Gavarnie con dirección al Lago Helado del Monte Perdido. Durante la noche, una fuerte tormenta ha descargado sobre la región, haciéndonos pensar en la probable necesidad de suspender nuestra excursión. Pero el tiempo ha cambiado. Son las 8 de la mañana y el sol luce ya sin nubes sobre nuestras cabezas. Damos fin a los últimos preparativos para la larga excursión que nos espera y nos despedimos de nuestro buen amigo, el guía Jean Tréscazes, que por una noche nos ha ofrecido la hospitalidad de su casa.

Atravesando un puente sobre el Gave, en el mismo pueblo de Gavarnie, tomamos el camino que sube al pico de Pimené, que seguimos durante 3/4 de hora. Nos inclinamos luego a la derecha y atravesamos los frescos prados de Piedo, hoy en parte cubiertos por el granizo que ha caído durante la noche.

Dominamos ya por completo el valle de Gavarnie y al NO. el de Ossoue, que cierra la masa imponente del Vignemale con sus glaciares que brillan al sol. Después de descansar algunos minutos en una fuente de agua helada, seguimos la ascensión hasta la Horqueta de Allanz (2.424 m.), donde llegamos a las dos horas y media de la salida de Gavarnie. Descansamos a la vista del Circo de Estaubé y, descendiendo luego hasta unos 2.100 m., para contornear la vertiente oriental del Pico Rojo de Palla, llegamos en una hora al Borne de Tuquerouye. Aquí nos espera la parte más penosa de la jornada: la ascensión del *couloir de Tuquerouye*, este año cubierto por completo de nieve.

En lo alto del *couloir* vemos un grupo de obreros ocupados en subir con un cable y una polea unos sacos de cemento, para las obras de ampliación del refugio del Club Alpino Francés. A ellos, el estado de la nieve les facilita su trabajo, pero a nosotros nos obliga a andar paso a paso, marcando bien las pisadas, para no resbalar en la fuerte pendiente de nieve. Una hora invertimos en recorrer los 600 m. que nos separan del refugio de Tuquerouye, situado en el límite mismo entre Francia y España. La vista sorprendente del macizo del Monte Perdido y del Cilindro, reflejándose en las aguas tranquilas del Lago Helado, a trechos cortadas por grandes témpanos de hielo—una de las vistas más bellas de los Pirineos—nos detiene algunos minutos. Hablamos con el contratista de las obras. Se va a ampliar el refugio con otro pabellón que duplicará su capacidad. Recordamos a este respecto, que hace dos años tuvimos que dormir con otros 15 excursionistas, medio amontonados en el reducido lecho de paja del antiguo refugio.

Bajamos al borde del Lago, y contorneándolo por la izquierda, llegamos en media hora a la cantina de la Hidroeléctrica Ibérica, en la que encontramos una amable acogida por parte del encargado de las obras. Son las 2 y media de la tarde.

3 Agosto. — *Ascensión del Cilindro.*— Hemos dormido a nuestras anchas. Nuestra calidad de españoles nos ha valido las dos únicas camas de la cantina, las reservadas a los ingenieros de las obras, mientras que los demás excursionistas, llegados más tarde que nosotros, han tenido que acomodarse sobre sacos vacíos de cemento.

A las 5 y media estamos todos en pie, y después de ingerir el frugal desayuno que nos prepara la cantinera, salimos, mi compañero y yo, con el proyecto de hacer la ascensión del Cilindro y del Marboré y volver a la cantina por el Cuello de Astazou.

La ascensión hasta el Cuello del Monte Perdido, que ya conocemos por excursiones anteriores, no ofrece dificultades. En una hora y quince minutos dominamos el Cuello (3.052 m.). Sin bajar hasta el estanque, como es costumbre para subir al Monte Perdido, lo bordeamos por la derecha, atravesando las fuertes pendientes de nieve que bajan hasta él. La nieve, helada, no cede al pisarla, y por primera y única vez en esta excursión, nos vemos obligados a hacer uso del piolet durante media hora. En una hora llegamos al cuello SO. del Cilindro. Aquí se nos presentan dos chimeneas casi verticales. Dudamos un momento ante la elección de la más conveniente y por fin nos decidimos por la de la izquierda, por parecernos la más fácil. Media hora más tarde, a las 9 y media de la mañana, pisamos la cima del Cilindro a 3.327 m. de altura.

Descansamos largo rato contemplando el hermoso panorama que dominamos. Visto desde el Cilindro, el Monte Perdido tiene un aspecto imponente. El Marboré en cambio parece sin importancia. Al SO. el valle de Ordesa forma una ancha grieta que se extiende hacia el fondo. Todos los demás picos del Circo de Gavarnie: Espalda, Torre, Casco, Taillon, Gabietou, están bajo nuestra vista. Se adivina el sitio que corresponde a la Brecha de Roland.

La estancia en el Cilindro se prolonga. La temperatura es deliciosa. Cada bocanada de aire que aspiramos va borrando toda huella de fatiga y nos proporciona una sensación de aligeramiento y bienestar, que sólo en la alta montaña puede disfrutarse. Nos resistimos a abandonar nuestra cima, pero por fuerza hay que pensar en la bajada.

Hemos desistido de hacer la ascensión del Marboré. En el Cuello del Monte Perdido, un guía que hemos encontrado, nos ha descrito la bajada del Marboré al Cuello

de Astazou, como llena de dificultades. Por otra parte, nuestra «Guía Soubiron» coincide en considerar este paso como uno de los más delicados de los Pirineos. Todas estas razones y la perspectiva de un baño en el Lago Helado y de la sabrosa comida que nos espera, nos hacen desistir por este año de la ascensión al Marboré.

La bajada desde el Cilindro al Marboré, la hacemos en hora y media. Es un verdadero placer el dejarse deslizar por las fuertes pendientes de nieve, que tantos sudores cuestan al subirlas. A las 12 llegamos a la cantina y tenemos el gusto de comer con el ingeniero-director de las obras del Lago Helado, quien nos entera de la desgracia ocurrida el día de la excursión oficial de la Federación, al Gorbea, de la que fué víctima el malogrado Bacigalupe.

4 Agosto.— Ascensión de los dos Astazous, y a Bielsa por el Circo y Valle de Pineta.— Salimos de la cantina a las 6 de la mañana, con intención de hacer la ascensión de los dos Astazous. Durante la noche ha habido tormenta, y un excursionista que tuvo ayer la humorada de querer pasar la noche en la cima del Monte Perdido, se ha visto obligado a bajar a las 3 de la mañana, completamente calado y con grave peligro de despeñarse por los glaciares.

Aunque, no completamente despejado, el día es claro. Nos elevamos despacio por el glaciar del Lago Helado en busca del Cuello Swan, desde donde, según Soubiron, se hace con mucha facilidad la ascensión de los dos Astazous. Llevamos sin embargo una hora de marcha, sin que el Cuello Swan aparezca. En vista de ello, abandonamos el glaciar y atacamos la roca. El remedio es inmediato. Quince minutos más tarde nos encontramos en el cuello que separa los dos picos de Astazou. La ascensión del pico oriental (3.083 m.), la realizamos en media hora. De éste al occidental (3.016 m.), invertimos 45 minutos. Ambas ascensiones me recuerdan algo la de nuestro Amboto.

Aunque más bajo, la vista del Pico Occidental de Astazou es más completa que la Oriental. Con un desnivel de más de 1.300 m. se abre a nuestros pies, como un inmenso embudo, el Circo de Gavarnie. Únicamente la Gran Cascada deja de verse. Todas las demás crestas las vemos como el día anterior, pero por su cara N. El fantástico desnivel del Circo, con sus terrazas superpuestas soportando los glaciares, que dan origen a multitud de cascadas, dá a esos picos un aspecto aún más grandioso.

Desde el Pequeño Astazou observamos la vía de ascensión del Marboré por el Cuello de Astazou, que nos parece impracticable. Sin embargo, según Soubiron, no ofrece dificultades para un «buen pirineísta». (Este título que tanto abunda en la obra de Soubiron, nos trae algo escamados. Muchas veces al leer el relato de una ascensión nos preguntamos: ¿Seremos nosotros «buenos pirineístas»?).

Después de un largo descanso en la cima del Pequeño Astazou, bajamos en quince minutos al Cuello de este nombre y tres cuartos de hora más tarde, tras largas *glissades* sobre la nieve, llegamos a la cantina del Lago Helado.

Comemos, y después de despedirnos del matrimonio encargado de la cantina, ase como de todos sus moradores, que se han desvivido por hacernos agradable la estancia en aquellos lugares, de ordinario tan solitarios, salimos a las 3 de la tarde para Bielsa.

La Sociedad Hidroeléctrica Ibérica ha facilitado mucho esta etapa, con la construcción de un camino que desde el Lago Helado, baja en innumerables zig-zags al fondo del Circo de Pineta. Esto nos evita el largo rodeo por el Circo de Estaubé. El camino, en muchos sitios abierto en la roca, es pintoresco en extremo. Cuando llevamos ya

bastante tiempo bajando, un espectáculo maravilloso nos detiene un instante. A 400 metros sobre nuestras cabezas, en el borde mismo de la muralla cortada a pico, una cascada se desploma sobre la roca y salta pulverizada en una nube de agua. El sol, que deja en sombra el Circo de Pineta, ilumina de lleno la cascada, que aparece como aureola brillante de los colores más variados. El efecto no puede ser más grandioso, por el contraste que ofrece la cascada, con las moles imponentes de roca del Circo de Pineta.

Reanudamos la marcha, y a las 5 de la tarde nos encontramos en el Hospicio de Pineta, grupo de *bordas* alrededor de una vieja ermita. Descansamos hasta las 6, para recorrer luego todo el hermoso valle de Pineta, que en muchos puntos nos recuerda al de Ordesa. A las 9 de la noche, cuando ya ha anochecido, entramos en Bielsa.

5 Agosto. — *De Bielsa a Plan.* — De Bielsa a Salinas de Sin: 7 km. de carretera polvorienta. Abandonamos aquí el valle del Cinca, para remontar el del Cinqueta, por un estrecho sendero que nos conducirá hasta el pueblo de Plan, donde pensamos pernoctar.

Las nubes cada vez más numerosas, anuncian la tormenta. En efecto, aún no hace media hora que salimos de Salinas de Sin, cuando caen las primeras gotas, que pronto se convierten en fuerte aguacero. Nos refugiamos bajo unas rocas mientras pasa la tormenta. Llueve tan fuerte, que a pesar de ser el valle en este sitio bastante angosto, no llegamos a ver la ladera opuesta. Una cortina de agua la oculta a nuestra vista. Sin embargo la tormenta no dura más de tres cuartos de hora. Cuando la lluvia cesa, reanudamos la marcha que continúa sin incidentes por el hermoso valle del Cinqueta hasta el pueblo de Plan, donde llegamos a las 6 de la tarde.

6 Agosto. — *De Plan a la cabaña de «El Clot».* — Hemos contratado en Plan un guía que nos acompañe en la ascensión del Posets. El título de «*guide indispensable*» que pone Soubiron en su obra, al hablar de esta ascensión, nos ha impresionado un poco y como ni mi compañero ni yo, conocemos esta región, decidimos llevar un guía, por lo menos para la subida. Ramón Gabas, que cazando sarríos ha subido varias veces hasta el pico de Posets o de Lardana, como aquí se le llama, se ofrece a acompañarnos.

Acordamos hacer la primera etapa hasta la cabaña de «El Clot», situada a 2.006 metros de altura, al pie del Posets. Abandonamos Plan a las 3 de la tarde y atravesando el pequeño pueblo de San Juan, tomamos un buen camino de mulas, que deja a la izquierda el Hospital de Gistain y nos lleva en 3 horas y media a las bordas de Viados. Una hora más de subida y estamos en la cabaña de «El Clot».

Poco después anochece. El cielo, cargado de nubes, adelanta la hora del crepúsculo y mientras el fondo del valle se llena de sombras, la niebla invade la cima de los montes; el paisaje va perdiendo en relieve. Nos desprendemos de nuestras mochilas y nos sentamos a la puerta de la choza. Enfrente y más abajo que nosotros, en la vertiente opuesta del valle, se oyen los gritos de los pastores que reúnen sus rebaños, para conducirlos al cercado. Aún se distinguen las ovejas como puntitos blancos moviéndose en hileras y se oyen los ladridos de los perros, guardadores fieles del rebaño. Hasta nosotros, muy debilitada por la distancia, llega la voz de un pastor, que baja cantando a su choza. A esta hora, bajo el cielo tan negro y en la soledad inmensa en que nos encontramos, el canto del pastor tiene un no sé qué de melancólico, que llega a impresionarnos. E insensibles al viento, que cada vez es más fuerte y más frío

permanecemos silenciosos escuchando la voz cada vez más ténue, que va perdiéndose en la montaña.

Es ya noche cerrada cuando penetramos en la choza. Dentro arde un fuego hermoso que nos reconforta. Nuestra cabaña no es ningún *Palace*, pero no cabe duda, que como cabaña está a gran altura. Casi su totalidad la ocupa un mullido lecho de follaje de pino, que hace las veces de mesa, silla y cama. Delante, junto a la puerta, está el sitio reservado al fuego, mientras que una ingeniosa disposición de agujeros en el techo y en el muro, aseguran la salida del humo. El techo, formado de fuertes troncos de pino unidos unos a otros y recubiertos de follaje y tierra, es de una solidez a toda prueba. La cabaña está construida en un ligero declive del terreno y por detrás queda, en parte sepultada en el suelo.

Preparamos la cena con las provisiones que ha traído el guía, y cenamos alegremente, pensando en la ascensión que al rayar el día realizaremos. Una hora más tarde ya no se oye más ruido en la cabaña de «El Clot», que el silbido del viento y el ronco sonido del torrente de Lardana.

7 Agosto.—Apenas amanece, ya estamos en pié. Hemos dormido confortablemente, levantándonos dos o tres veces para avivar el fuego. Desgraciadamente, el tiempo no está de nuestra parte. Cuando salimos de la choza, todo el macizo del Posets está envuelto en nubes muy negras que presagian tormenta. El guía aconseja esperar, pero nosotros, en la inacción nos aburrimos. Pasan despacio las horas de la mañana sin que el tiempo cambie. Subimos a una pequeña altura a 100 m. de la cabaña y, aprovechando un momento de claridad pasajera, con la «Guía Soubiron» en la mano, reconocemos todo el camino de subida. Este no puede ser más claro: hay que mantenerse todo el tiempo a la izquierda del torrente de Lardana, hasta llegar al pequeño cuello del glaciar NO.; luego, la cresta y la cima. Cuando volvemos a la cabaña, ya hemos perdido el miedo al Posets. Sólo nos queda la incógnita del tiempo y como éste no tiene aspecto de mejorar y nuestras provisiones no son muy abundantes, decidimos despedir al guía, pagándole lo convenido por la excursión entera. Al día siguiente, si el tiempo es bueno, haremos sólo la ascensión al Posets.

Marcha el guía. Por la tarde el tiempo no mejora, antes bien, la tormenta parece cada vez más inminente. Matamos el tedio recorriendo los alrededores y haciendo acopio de leña en previsión de la lluvia. A las 10, cuando ya es noche cerrada caen las primeras gotas. Nos refugiamos en el interior de la cabaña y avivamos el fuego. Pronto la lluvia arrecia y brillan los primeros rayos. Los truenos retumban en la montaña, y soldándose unos a otros forman un trueno seguido, que aumenta y disminuye de intensidad. Un viento fortísimo azota la cabaña como si quisiera llevársela y, penetrando por la puerta, hace oscilar nuestra hoguera. Pasa el tiempo y la tormenta sigue cada vez más fuerte. El granizo ha sustituido a la lluvia y el viento lo arrastra con furia, incrustándolo en la tierra húmeda. Más tarde, nieva. La cabaña, sin embargo, resiste impertérrita; en su interior nos sentimos seguros y en medio de tormenta tan espantosa, arrullados por el viento y los truenos, nos dormimos junto al fuego, soñando que una ráfaga de viento nos levanta hasta la cima del Posets.

8 Agosto. — De la cabaña de «El Clot» a Benasque, por Posets y el valle de Astos.— Hasta las 6 de la mañana no ha cesado la tormenta. Toda la noche, con intermitencias de furia y de relativa calma, la hemos tenido sobre nuestras cabezas. Al amanecer ha cesado. Cuando salimos de la cabaña ya no llueve, pero el suelo está

todo encharcado. Las nubes de tormenta van desapareciendo. El viento las arrastra hacia Francia. Otras en cambio, debidas a la evaporación rápida de la tierra, que rezuma humedad, se van formando en el fondo de los valles y suben despacio hacia las cimas.

A las 8 ya se vé el cielo azul en varios sitios, y en su consecuencia decidimos salir. A las 8 y cuarto nos ponemos en marcha, tomando la dirección del torrente de Lardana que hay que atravesar para subir por su lado derecho. Aquí se nos presenta la primera dificultad. Con la lluvia torrencial de toda la noche, el torrente baja muy crecido y es imposible atravesarlo. Durante un cuarto de hora lo remontamos en busca de un vado fácil. Por fin lo encontramos. Una piedra desprendida de la montaña, divide la corriente en dos brazos estrechos. Un doble salto y nos encontramos en la otra orilla. Continuamos la ascensión durante dos horas sin dificultad. De vez en cuando la niebla nos envuelve o nos tapa la vista de las crestas. Nos elevamos a 400 m. a la hora, y al llegar a los 3.100 pisamos el glaciar superior del Posets. Dejando a la derecha una pendiente de piedra incrustada en hielo, alcanzamos la cresta rocosa a las 11 de la mañana. Dejamos allí las mochilas y subiendo «a toda cresta» llegamos a las 11 y media a la cima del Posets, a 3.367 m. de altitud.

Desgraciadamente, el día no es tan claro como hubiéramos deseado. A veces quedamos completamente envueltos en niebla y entonces se deja sentir un frío muy vivo. Permanecemos sólo un cuarto de hora en la cima y emprendemos la bajada.

Tenemos la intención de bajar en dirección N. para cojer el comienzo del valle de Astos y seguirlo hasta Benasque. Pronto llegamos al sitio donde hemos dejado las mochilas y donde empieza la parte más difícil de la jornada: la bajada al glaciar de Paul por una muralla de roca de unos 100 m. de altura, casi vertical. Buscamos inutilmente la chimenea de que habla Soubiron y, no encontrándola, nos decidimos por la que nos parece más practicable. La bajada es lenta y penosa, pues la roca es muy poco sólida y hay que asegurarse de que no cede, antes de poner el pié. Además, las mochilas dificultan mucho nuestros movimientos.

Paso a paso, con infinitas precauciones, nos acercamos al glaciar de Paul. Cuando, después de 1 hora de bajada, llegamos a su altura, una nueva dificultad, al parecer infranqueable, nos cierra el paso. El hielo ha ido desheliéndose junto a la roca y queda entre ambos una ancha grieta de 2 a 3 m. de anchura y de 30 a 40 de profundidad. Inútil pensar en franquearla de un salto, pues una caída sería mortal. Tampoco puede pensarse en bajar hasta el fondo, pues aparte del frío intensísimo y aunque esto por la parte de la roca fuese posible, las paredes cóncavas del hielo, imposibilitarían la subida por el otro lado. No desconfiando sin embargo de vencer la dificultad, buscamos un sitio donde el paso sea más fácil y terminamos por encontrarlo. Cerca de una chimenea, la nieve desprendida en alguna avalancha, ha llenado la grieta y ofrece una posibilidad de paso. Entre el glaciar y la roca queda una zanja de sólo 1 m. de profundidad. Después de asegurarnos con los piolets de que esta nieve no cede, franqueamos no sin cierta emoción el terrible foso, que guarda la cima del Posets.

Una vez sobre el glaciar, la bajada es rápida. Nos inclinamos hacia la derecha para salvar la parte de aquel en la que el hielo está agrietado y al descubierto, y destrozándonos por las pendientes de nieve, recorremos en pocos minutos toda la extensión del glaciar de Paul y llegamos a su única salida, en el comienzo del valle de Astos.

Hacemos aquí una larga parada, que aprovechamos para reponer fuerzas, con las provisiones que aún nos quedan de la cabaña de «El Clot». Son la 1 y media. El tiempo se ha asegurado por completo y luce un sol espléndido. ¡Lástima no haberlo tenido en la cima del Posets!

A las 2, cargamos con las mochilas y nos ponemos de nuevo en marcha, penetrando en la parte superior del valle de Astos, todavía desprovisto en absoluto de vegetación. Tomamos una senda que corre por su lado derecho.

A las 3 y media, un torrente que con las recientes lluvias baja muy crecido, nos corta el paso. Nos vemos obligados a descalzarnos y a vadearlo con el agua hasta las rodillas.

A las 4 llegamos a la cabaña de Turmo, edificación de bastante importancia, con dos divisiones interiores, una reservada para las personas y otra para cobijar al ganado. Tal vez por esto último, la choza es bastante sucia. Aunque más modesta, preferimos «nuestra» cabaña de «El Clot».

Poco antes de llegar a la cabaña de Turmo empieza la vegetación y, a partir de este sitio, cambia por completo el aspecto del valle, que toma francamente la dirección de Benasque. El valle se hace más angosto y más frondoso. El desnivel en algunos sitios es considerable y el torrente lo salva formando cascadas magníficas y de las formas más caprichosas. El camino, que es bastante bueno, lo cruza varias veces sobre puentes bien contruidos.

Ya ¡cerca de la salida del valle, éste se estrecha de tal modo, que entre las dos altas paredes de roca, queda sólo una anchura de unos 15 m., ocupados por el camino y el torrente. En invierno la nieve cierra por completo esta única salida del valle de Astos, llenando hasta arriba el angosto desfiladero. Cuando viene el deshielo, el torrente va perforando esa muralla de nieve que se opone a su paso y forma así un puente natural, que se conserva hasta bastante avanzada la primavera. Cuando nosotros pasamos, no queda ya ni rastro de esta arquitectura invernal.

Son las 6 y media cuando llegamos al puente de Cubére, término del valle de Astos y confluencia de su río con el Ésera. Hace algunos años, la carretera de Barbastro a Benasque continuaba hasta este punto. Una noche, los sencillos habitantes de Benasque viéronse desagradablemente sorprendidos por el ruido del agua que atravesaba las calles del pueblo. Cuando se levantaron, vieron con asombro que el torrente se había desbordado y la masa formidable de agua arrasaba cuanto se oponía a su paso. La carretera desapareció por completo y el río se llevó por cada lado una faja de tierras de cultivo de unos 30 m. de anchura. El pueblo se salvó, gracias a un contrafuerte de roca, que avanza hacia el río y oculta aquél hasta que se llega al mismo, y que sostuvo el ímpetu de las aguas y las desvió hacia la derecha. Sin embargo, no pudo impedir que éstas arrastrasen el puente de Benasque, que inundasen el pueblo, hundiéndose algunas casas y destruyesen la central eléctrica.

Hoy el río corre entre enormes peñascos, por el sitio por donde iba la antigua carretera, que ha desaparecido por completo. En veinte minutos salvamos este espacio de unos 2 kilómetros, por una senda que corre por el mismo cauce del río y, a las 7 de la tarde llegamos a Benasque.

El pueblo es interesante por las numerosas casas con escudos y fallas, testimonio de su esplendor de otros tiempos. Ni el puente, ni la central eléctrica han sido reconstruidos. Y así se dá el caso curioso, de que todas las casas posean una buena instala-

ción eléctrica y haya que alumbrarse con velas y quinqués. Quedamos instalados en una fonda, que, por su limpieza, contrasta con el aspecto general del pueblo.

9 Agosto. — *De Benasque a Luchon por el puerto de Benasque y el Pico de Salvaguardia.* — Me despido de mi compañero, que queda en Benasque y emprendo la última etapa, que, atravesando de nuevo la frontera, ha de llevarme a Luchón.

Salgo a las 9 de la mañana y recorro otra vez por la vera del río, los 2 kilómetros basta el puente de Cubére. Aquí, en vez de atravesar el puente y entrar en el valle de Astos, sigo por el camino que corre por la orilla izquierda del Ésera, acercándome al puerto de Benasque, frontera de Francia y España.

Pico de Malibierna, garganta de Cregüeña, Baños de Benasque, cascada de Remouña, han quedando atrás sucesivamente. A las 12 y media llego al Hospital de Benasque, donde me preparan una ligera comida y emprendo a la una la subida del puerto de Benasque.

A unos diez minutos del Hospital he dejado el camino que conduce a la Renclusa, el refugio del Centre Excursionista de Catalunya. La subida del puerto de Benasque no es penosa. Un buen camino, en numerosos zig-zags conduce hasta arriba en 2 horas desde el Hospital.

A unos 50 m. del puerto, vertiente española, hay una pequeña casita de una familia benasquesa, habitada generalmente en el mes de Agosto, y que sirve de refugio en caso de necesidad. Dejo aquí la mochila, para hacer la ascensión del Pico de Salvaguardia (2.736 m.) por un camino cómodo, en media hora.

El pico de Salvaguardia es seguramente uno de los más hermosos puntos de vista para admirar el gran macizo de los Montes Malditos. La mole inmensa de peñas y hielos que forma el macizo de picos más altos de los Pirineos, se destaca hacia el Sur, en primer término, con toda su grandiosidad, a una distancia en línea recta de solo 5 ó 6 kilómetros, distancia que el gran tamaño del objeto, hace parecer aún más reducida. El pico de la Madaleta (3.312 m.), situado en el centro del macizo, parece ser el más alto de todos. En cambio el Aneto (3.404 m.), casi desaparece hacia la izquierda, tapado por picos más cercanos.

De bajada al puerto de Benasque, recojo mi mochila y cruzo aquél, entrando en Francia por una estrecha garganta abierta en la roca.

Un camino magnífico conduce en dos horas escasas al *Hospice de France*. Según me informan, el Club Alpino Francés cuida todos los años de limpiar este camino.

Tras un ligero refrigerio en el Hospice de France, recorro los 10 km. de carretera sombreada y muy pintoresca que me separan de Luchón. Son las 7 de la tarde cuando llego a este punto, donde doy por terminada mi correría.

LUCIO LASCARAY
Del «Club Deportivo Alavés»